

VIRGINIE THIÉBAUT

Centro de Estudios de Geografía Humana El Colegio de Michoacán, A. C.

Procesos rurales en México. La génesis de los paisajes de una microcuenca de Michoacán

RESUMEN

Los paisajes de la microcuenca del río Buenavista presentan fuertes contrastes naturales y culturales entre la parte montañosa y el valle de Tierra Caliente. El estudio de su evolución histórica permitirá explicar estas diferencias y determinar si los paisajes son el resultado de una evolución lenta o de transformaciones recientes.

RÉSUMÉ

Dynamiques rurales au Mexique. La genèse des paysages d'un petit bassin hydraulique du Michoacán.- Les paysages du petit bassin hydraulique de la rivière Buenavista présentent de forts contrastes naturels et culturels entre la zone montagneuse et la vallée de Tierra Caliente. L'étude de leur évolution historique permettra d'expliquer ces différences et de déterminer si les paysages sont le résultat d'une évolution lente ou de transformations récentes.

ABSTRACT

Rural processes in Mexico. The landscapes genesis of a Michoacán micro basin.- Landscapes of the micro basin of Buenavista river present strong natural and cultural contrasts between the mountain area and Tierra Caliente Valley. The study of their historical evolution will permit to explain these differences and to determine if the landscapes are the result of a slow evolution or recent changes.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Paisaje, rural, procesos, microcuenca, México.
Paysage, rural, dynamiques, bassin hydraulique, Mexique.
Landscape, rural, processes, micro basin, Mexico.

INTRODUCCIÓN

Estudiar los paisajes de la microcuenca del río Buenavista en el estado de Michoacán entre el siglo XVI y la actualidad es una manera de acercarse a las transformaciones que conoció el mundo rural mexicano durante esta temporalidad. A partir de la observación de los paisajes actuales y de la reconstrucción de los paisajes del pasado, se intentarán explicar los contrastes territoriales que existen dentro de la microcuenca y analizar los cambios que se dieron en el transcurso de los siglos. El concepto de paisaje utilizado para el estudio permite abordar el espacio a partir de las relaciones existentes en-

tre la sociedad y el medio ambiente, tomando en cuenta la perspectiva histórica, como lo preconizaban tanto Paul Vidal de la Blache como Carl Sauer (Gómez, Muñoz y Ortega, 1994). Se considera que en los paisajes se refleja la organización espacial y social, así como los impactos que tienen continuamente todo tipo de sucesos: demográficos, políticos y económicos.

La unidad de análisis, la microcuenca del río Buenavista, fue delimitada en función de la gran diversidad natural y cultural que posee. En efecto, en una superficie reducida (1.645 km²) se suceden pisos ecológicos contrastados, con una zona de producción del agua en la cuenca alta, una zona de transferencia o transporte en

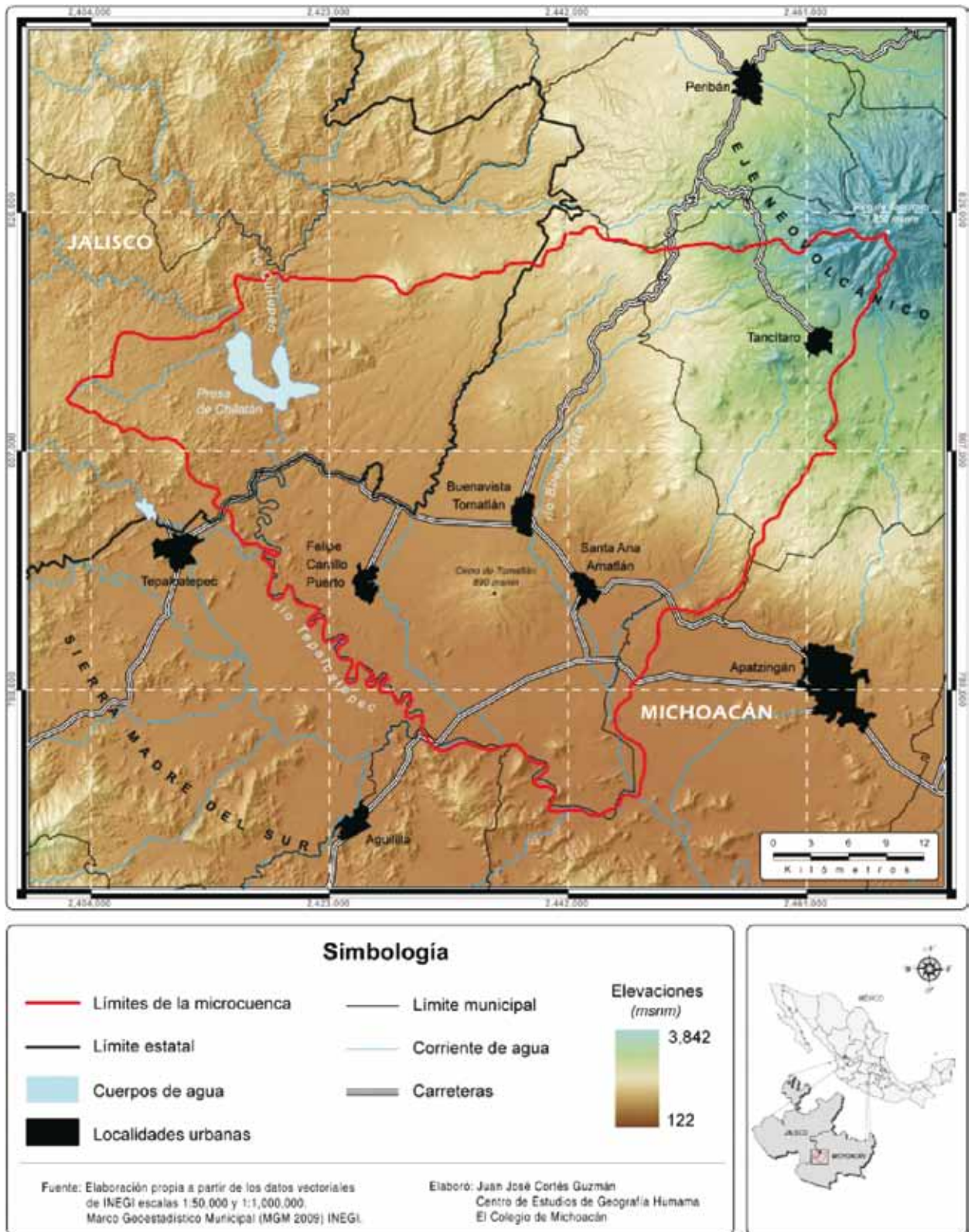


Fig. 1. Localización de la microcuenca del río Buenavista.

la cuenca mediana y una zona de almacenamiento en la cuenca baja (Toledo, 2003, p. 7). Estos pisos fueron intervenidos y modificados por los seres humanos de manera distinta a lo largo de los siglos. Este trabajo se enfocará en la sierra y en el valle de Tierra Caliente, y en las relaciones existentes entre ellos.

La primera parte del trabajo consiste en una descripción de los paisajes actuales. En la segunda se estudia cómo se fueron conformando y transformando los paisajes a lo largo de los siglos, con etapas largas o cambios bruscos que tuvieron detonadores distintos. Esta revisión permitirá definir de qué manera los sucesos históricos los más significativos a nivel nacional (como la Independencia o la Desamortización) influyeron en los cambios, o si éstos estuvieron más bien provocados por otras dinámicas regionales o locales, como las epidemias y las catástrofes naturales. Finalmente, en el último capítulo, que trata de los importantes cambios del siglo XX, se comprobará si los paisajes actuales son el resultado de transformaciones recientes o una herencia de épocas anteriores. Se podrá ver así cómo dos áreas muy distintas que pertenecen a la misma microcuenca evolucionaron de diferente manera ante los mismos sucesos históricos.

I. LA DIVERSIDAD DE LOS PAISAJES DE LA MICROCUENCA

La microcuenca del río Buenavista, situada en medio de la cuenca del Tepalcatepec, presenta paisajes diversos, debido a condiciones climáticas y biológicas contrastadas, así como a una gran variedad en cuanto al aprovechamiento del espacio por los seres humanos (usos de suelo, asentamientos). La microcuenca está conformada en su parte norte por las laderas del pico de Tancítaro, volcán que pertenece al eje neovolcánico y culmina a 3.860 msnm, y en su parte sur por la Tierra Caliente, un valle situado a aproximadamente 300 msnm, entre el eje neovolcánico y la Sierra Madre del Sur (FIG. 1). Los contrastes existentes entre las tierras altas y bajas se aprecian claramente al observar los paisajes.

En las tierras altas, las huertas de aguacate comparten el espacio con los bosques de pinos. Los frutales cubren casi toda la superficie de llanos y laderas, hasta una altitud máxima de 2.500 msnm, a partir de la cual predomina el bosque (FIG. 2). Algunas huertas se benefician de riego, pero no son la mayoría, ya que las aguas superficiales escasean en esta parte de la cuenca; se utiliza el agua de manantiales y pequeños depósitos de aguas residuales. Al lado de los aguacates se pueden observar algunas parcelas



FIG. 2. Huertas de aguacates y bosque de pino en la parte alta de la microcuenca.

sembradas de maíz, huertas de duraznos y pastizales en áreas reducidas. En la localidad de Tancítaro, rodeada por las huertas, las casas tradicionales de la plaza central, de adobe y con techos de tejas, contrastan con los edificios a veces de dos pisos, construidos de material, que ya son mayoritarios. En las calles se puede apreciar la presencia de empresas exportadoras y naves de tamaños variables, que sirven como centros de acopio y almacenamiento de aguacates; se hallan igualmente en la periferia del poblado y afuera, a la orilla de las vías de comunicación y en algunas rancherías. A pesar de ser una localidad modesta (cinco mil habitantes), se manifiesta en Tancítaro una actividad permanente: movimientos de camiones de mercancías que entran y salen de las empresas, grupos de jornaleros que se dirigen a las huertas en camionetas, ingenieros comisionados por empresas y cooperativas que circulan para efectuar controles. El fuerte dinamismo del pueblo, que se observa también en los ranchos y rancherías diseminados en los alrededores, está sin duda relacionado con la actividad agrícola que allí se practica.

Los paisajes de la Tierra Caliente, en la parte baja de la microcuenca, presentan características muy distintas. Las tierras planas están utilizadas principalmente para las actividades agropecuarias: predominan las huertas de limón, pero hay también pastizales, algunas huertas de mango y de plátanos, y parcelas de cultivos diversos (hortalizas, papayas, toronjas). Las tierras se benefician de riego, como lo atestiguan los numerosos pozos profundos, las represas con repartidores de agua y la densa red de canales que lleva el agua a las parcelas. Los campos cultivados del llano contrastan fuertemente con las laderas de las montañas, cubiertas de selva baja caducifolia que rodean el valle



FIG. 3. La Tierra Caliente: huertas de limones irrigadas.

y que están utilizadas solamente para la ganadería de manera extensiva y temporal, cuando la vegetación reverdece durante los meses de lluvia (FIG. 3). Sin embargo, algunas huertas de limón han colonizado recientemente las vertientes más accesibles de los cerros.

En esta parte de la microcuenca existen numerosas localidades. En la cabecera municipal Buenavista Tomatlán y en Felipe Carrillo Puerto vivían un poco más de diez mil habitantes en el año 2010 (INEGI, 2010) y existe aparte una docena de localidades más modestas. Si en algunas de ellas aparecen elementos arquitectónicos antiguos (como los portales de las plazas y algunas casas en Santa Ana Amatlán y Buenavista Tomatlán), en otras, como Pinzándaro y Vicente Guerrero, la traza reticular, las iglesias modernas y las casas de material revelan una edificación relativamente reciente.

Entre los dos extremos de la microcuenca se extiende una zona intermedia templada, donde predominan los pastizales para ganado bovino, que se siembran de maíz en parte durante la temporada de lluvias. Se hallan allí pequeñas rancherías con huertos adosados en los cuales se produce una gran diversidad de árboles frutales. Esta zona se compone de elementos de las dos regiones que la rodean, por lo cual no presenta características bien definidas y no entra en el estudio más que de manera periférica.

Mediante esta descripción de los paisajes actuales podemos apreciar la diversidad de la microcuenca. Los bosques de pinos y el casi monocultivo del aguacate de las tierras montañosas contrastan fuertemente con los cultivos y los pastizales irrigados del llano. Otras características antrópicas, como la densidad de población y la organización del hábitat, el sistema de riego y la tenencia de la tierra, difieren igualmente de una zona a otra.

Estudiar la génesis de los paisajes nos va a permitir entender los contrastes existentes en la organización territorial de esta pequeña microcuenca.

II. LA GÉNESIS DE LOS PAISAJES DEL SIGLO XVI A INICIOS DEL SIGLO XX

Para reconstruir los paisajes del pasado, utilizamos diversas fuentes históricas. La investigación efectuada en archivos históricos de Morelia, México y Jiquilpan fue complementada con la consulta de una bibliografía nutrida que trata aspectos geográficos, históricos y sociológicos de la región de estudio. El libro *Resplandor de la Tierra Caliente michoacana* (Reyes y Ochoa, 2004), que presenta una compilación de documentos de los siglos XVII al XIX, fue en especial una obra de referencia. Las relaciones de visitas a pueblos, los informes de la intendencia, las actas administrativas y las cartas aportan datos parcelarios, complementarios entre ellos, sobre distintos elementos de los paisajes.

1. LOS PAISAJES DE LA ÉPOCA COLONIAL

Al inicio de la época colonial, la microcuenca del río Buenavista pertenecía a una misma jurisdicción administrativa-política, heredada de la época prehispánica, cuando el tributo se pagaba en Tancítaro (Enkerlin, 2008, p. 102). El corregimiento de Tancítaro, convertido en alcaldía mayor en el siglo XVII, abarcaba a la cabecera, a pueblos sujetos de las tierras altas (desaparecidos posteriormente) y a dos regiones de las tierras bajas: Tepalcatepec (a partir de 1531) y Arimao-Pinzándaro, que se anexó en 1560 (Enkerlin, 2008, p. 102), o sea, una extensión mucho mayor que la de la microcuenca. Tancítaro fue igualmente en el siglo XVI la cabecera parroquial; desde allí los franciscanos organizaron sus misiones evangelizadoras hacia la Tierra Caliente (Enkerlin, 2008, pp. 99-101; Escandón, 2005).

A) *La Tierra Caliente: cultivos comerciales de riego*

La reconstrucción de los paisajes de la época colonial revela la presencia de numerosos cultivos tropicales comerciales y, por lo tanto, el papel económico que tuvo la Tierra Caliente en la Nueva España.

A pesar de sus temperaturas extremadamente cálidas durante la mitad del año, la parte baja de la microcuenca del río Buenavista se reveló atractiva a los españoles para

implantar cultivos comerciales. Mientras Sebastián Marcarro, el autor de la *Relación de Tancítaro*, comentaba en 1580 que «ni es tierra habitable para españoles, sino son para aquellos naturales que habitan en ellas» (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 162), cincuenta años más tarde los españoles ya poseían numerosas haciendas, huertas, estancias, trapiches y grandes extensiones de tierras en el partido de Pinzándaro, como consecuencia del otorgamiento de mercedes (López, 1976, pp. 121-122). En cambio, la población indígena decreció en toda la cuenca del Tepalcatepec desde el inicio de la época colonial hasta llegar a su punto más bajo al final del siglo xvii, como consecuencia de las enfermedades, de la sobreexplotación en las minas cercanas, de los cambios de modo de vida y del pago del tributo en moneda (Barrett, 1975, vol. 1, pp. 119-120; Enkerlin, 2008, p. 104; Percheron, 1988). Numerosos asentamientos desaparecieron y la población indígena restante fue congregada en pueblos (Enkerlin, 2008, p. 104). Las localidades mencionadas en el siglo xvi (Pinzándaro, Amatlán, Tomatlán, Jalpa y Puco) estaban situadas al norte del valle, en la zona de contacto con las montañas, donde el agua era abundante. Una consecuencia del desarrollo de la población española en Tierra Caliente fue la aparición de otra categoría de habitantes, los esclavos negros, que trabajaron específicamente en los trapiches, cuando la mano de obra indígena fue prohibida en el siglo xvii (Sánchez, 2008, p. 283).

Como consecuencia de estos movimientos demográficos, la población de la Tierra Caliente se fue mestizando rápidamente. La consulta de los censos de población deja ver que desde el final del siglo xvii la población mulata y mestiza era la que predominaba. Según un censo de las almas de comunión de 1681, de las 570 personas que vivían en el partido de Pinzándaro, 83,3 % era mestiza y mulata¹. Si al inicio de la época colonial la población vivía bastante dividida (los indígenas, congregados en pequeños pueblos; los españoles, en los cascos de las haciendas, y los esclavos negros, en caseríos dentro de las mismas), la situación no tardó en cambiar con el mestizaje. En el año 1746, el *Theatro Americano* describe una población muy mezclada tanto en los pueblos como en los ranchos de los alrededores (Reyes y Ochoa, 2004, pp. 67-69).

Las pequeñas localidades, habitadas por indígenas y después por mestizos, tenían un aspecto pobre, lo que

sabemos por las descripciones muy precisas de la *Inspección ocular* de 1790. La iglesia y las casas reales y curales, únicos edificios de adobe con techos de tejamanil o de tejas, se encontraban descuidadas. Las viviendas comunes y corrientes eran más sencillas todavía: «[...] el caserío consiste en chozas dispuestas sin orden de calles, cubiertas de paja y resguardadas las viviendas con cañas y heno» (Santiago Tomatlán); «[los indios] habitan en unos pobres jacales con techo de paja» (Santa Ana) (Reyes y Ochoa, 2004, pp. 129-135).

En las tierras irrigadas que rodeaban los pueblos se hallaban huertas de frutales de todo tipo y parcelas de cultivos tradicionales, como el maíz, el frijol y, al inicio de la época colonial, el algodón. En los distintos documentos se insiste en la diversidad de las frutas producidas y en su abundancia: al lado de las huertas de cacao había árboles de palma, mamey, zapote, coco, chico, naranjo, anona, capiri (Reyes y Ochoa, 2004, p. 125), y se implantaron también nuevas variedades de árboles, como el plátano y el tamarindo.

Entre los pueblos, distantes unos de otros de varias leguas, se extendían vastas extensiones de tierras, en las cuales la corona española otorgó mercedes para cañaverales y trapiches y para sitios de ganado mayor y menor. Es allí donde se implantaron progresivamente las grandes propiedades desde el inicio del siglo xvii. Gracias a una descripción detallada realizada en 1717, podemos hacernos una idea de la organización de los cascos de las haciendas. En la hacienda Nuestra Señora de Gracia, situada a tres leguas de Pinzándaro, se hallaban las construcciones necesarias al procesamiento de la caña (una casa de calderas, una casa de purgar, la galera del molino con dos cajones, cinco moliendas), además de una capilla y de una casa de vivienda de dos salas, una casa para guardar ocotes, el corral de la mulada y la cocina. Todos los edificios tenían paredes de adobe, techos de tejamanil y cimientos de piedra y lodo (AGN, Tierras). Por lo tanto, ofrecían un fuerte contraste con las viviendas de los pueblos descritas anteriormente.

En las tierras de las haciendas se practicaban cultivos comerciales que variaron a lo largo de la época colonial. El cacao, cultivo prehispánico importante, fue adoptado por los españoles, ya que se convirtió en un producto muypreciado y valorado en Europa, adonde se exportaba por barco. El texto de la visita realizada en el obispado de Michoacán en 1631 hace mención de varias huertas de cacao en haciendas de Santa Ana Amatlán y Pinzándaro (López, 1976, p. 122). El cultivo decayó sin embargo en la segunda mitad del siglo xvii, al mismo tiempo que en toda la zona costera de Michoacán y Colima, por el poco

¹ El censo toma en cuenta las personas de confesión, de siete años en adelante. Había 59 indios, 33 españoles, dos negros, 210 mestizos, 265 mulatos y un chino (Carrillo, 1993, p. 108).

cuidado que se daba a los árboles, el auge de otros cultivos y la competencia que hicieron nuevas regiones productoras de la Nueva España y del continente (Sánchez, 2008, pp. 49-51).

Otro cultivo adoptado por los españoles fue el algodón, producto tasado para pagar los tributos hasta el inicio de la época colonial (González de Cossío, 1952, pp. 343-345). Para la segunda mitad del siglo xvii ya había perdido importancia: las siembras de algodón se daban solamente en pequeñas extensiones y compartían el espacio con otros cultivos irrigados, en algunas fincas de españoles cercanas a Pinzándaro y en tierras que éstos arrendaban a los indígenas. Para esa época, el producto se vendía a los obrajes textiles de la región y del valle central (Sánchez, 2008, pp. 145-147).

Al inverso de los cultivos anteriores, la caña de azúcar no dejó de expandirse. Apareció a principios del siglo xvii y para 1631 ya existían ocho trapiches en distintas propiedades del beneficio de Pinzándaro (López, 1952, pp. 121-123). La caña se cultivó también cerca de los pueblos como consecuencia de la conquista progresiva de las tierras por los españoles; por ejemplo, en 1631 un tal Fernando Ruiz de Saavedra fundó un trapiche «en tierras que compró a censo a los indios», cerca del pueblo de Pinzándaro (López, 1952, p. 123). En el siglo xvii se abrieron nuevas zonas al cultivo en las haciendas, al mismo tiempo que se multiplicaron los trapiches (Sánchez, 2008, pp. 286-287). El azúcar y sus productos derivados (arobas de azúcar, piloncillo, panela y mieles) surtían ciudades del centro y del occidente del virreinato.

El añil, producto de recolección en la época prehispánica, empezó a cultivarse en la segunda mitad del siglo xvi en la región de Pinzándaro y Apatzingán, pero tomó más importancia al inicio del siglo xvii, con la demanda creciente de los mercados europeos y el desarrollo de la industria textil en varias ciudades del país (Querétaro, México) (Sánchez, 2008, pp. 178-181). En las haciendas Parandián, La Nueva y Las Paredes el arbusto se plantaba al lado de las huertas de frutales y de algunas siembras y se procesaba en el lugar.

Otro producto comercial de la época colonial fue el arroz. Varias haciendas y ranchos de Pinzándaro lo adoptaron a finales del siglo xvii y se empezó a sembrar también en las tierras de las comunidades durante el siglo xviii (Sánchez, 2008, pp. 247-249). En 1790, según la *Inspección ocular*, era un cultivo importante que necesitaba grandes cantidades de agua en Apatzingán y en el pueblo de Tomatlán (Reyes y Ochoa, 2004, p. 135). El producto, además de consumirse en la misma región, donde se convirtió en un alimento básico, se mandaba a

los mercados del centro y del norte del virreinato, sobre todo en las zonas mineras y en el obispado de Michoacán (Sánchez, 2008, pp. 249-250).

Los cultivos comerciales de las grandes propiedades tanto como los cultivos practicados en las tierras de los pueblos tenían en común beneficiarse del agua de los numerosos ríos que bajaban de las sierras cercanas. Combinadas con la fertilidad de las tierras y las buenas condiciones climáticas, las aguas «producen una naturaleza siempre verde, feraz y pródiga» y cosechas cuantiosas: los árboles de cacao daban por ejemplo dos cosechas anuales y los plataneros producían todo el año (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 165), mientras se hacía «cantidad de azúcar» con la caña dulce (Reyes y Ochoa, 2004, p. 65). Sin embargo, solamente la parte del llano más cercana a las vertientes del pico de Tancítaro, llamada «de los manantiales» por Elinore Barrett (1975, vol. 1, p. 19), se beneficiaba del agua. En las tierras situadas más al sur se dio principalmente la ganadería extensiva en las grandes propiedades. En 1631, la estancia de Tamacuaro contaba por ejemplo con ciento cincuenta mulas; en Quiresto y en la estancia de Rodrigo de Rivera había rebaños de trescientas reses (López, 1976, p. 122). El ganado disponía de extensas superficies cubiertas de vegetación silvestre en las cuales deambulaba libremente.

A lo largo del tiempo, las tierras de las comunidades indígenas cercanas a los pueblos fueron incorporadas a las haciendas, mediante numerosas operaciones de compraventas y de rentas y usurpaciones (Barrett, 1975, vol. 1, pp. 76-95). En el siglo xvii, por ejemplo, se fundaron las haciendas de San Francisco Tangamacato, Nuestra Señora de Gracia y Nuestra Señora de Concepción en tierras compradas a las comunidades (Barrett, 1975, vol. 1, pp. 115-123). Esta expansión progresiva se ilustra en algunos pleitos entre comunidades y grandes propietarios por el dominio de la tierra, como en el caso de la hacienda de la Concepción, para la cual se enfrentaron los indígenas de Pinzándaro y el Mayorazgo de Urrutia de Vergara (Barrett, 1975, vol. 1, pp. 161-162). Como resultado, algunas propiedades españolas llegaron a cubrir superficies impresionantes: por ejemplo, Parandián, entre Pinzándaro y Santa Ana Amatlán, se extendía en 37.625 hectáreas (Barrett, 1975, vol. 1, pp. 145-146). Durante el siglo xviii, la tendencia fue más bien al fraccionamiento y se multiplicaron los ranchos y las rancherías, dentro de las grandes propiedades como en otros terrenos. En el curato de Pinzándaro, los ranchos eran tan numerosos que la totalidad de la población asentada en ellos llegó a ser más cuantiosa que la que vivía en el pueblo (Enkerlin, 2003, p. 49). Se desarrollaron en todo el llano, aunque en

un croquis que acompaña la descripción del obispado de Michoacán de 1765 se ven especialmente concentrados a la orilla del río Tepalcatepec (González Sánchez, 1985, pp. 230-232).

La reconstrucción de los paisajes de la parte baja de la microcuenca en la época colonial deja ver entonces cierta diversidad de los patrones de asentamientos, con los pueblos por un lado y las haciendas y ranchos por otro, y una especialización en producciones tropicales comerciales, que implicaba intercambios importantes a nivel regional, nacional e incluso internacional. Mientras tanto, las tierras altas conocían un desarrollo muy distinto.

*B) La zona montañosa:
de los tributos a los cultivos de subsistencia*

En la parte alta de la microcuenca, el pueblo de Tancítaro concentraba los poderes administrativo-políticos y religiosos al final del siglo XVI. Asentado en un pequeño llano rodeado de sierras, incluía algunos edificios importantes y en buen estado: una iglesia donde los franciscanos daban misa, un monasterio «adornado de buenos ornamentos» y un hospital «donde se curan todos los pobres del pueblo» (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 158).

Durante este siglo y el siguiente, la decaída de la población indígena, que no fue compensada por la llegada de otro tipo de población como en la Tierra Caliente, explica la desaparición de varias localidades de las tierras altas citadas en 1580 que ya no aparecen en documentos posteriores (Enkerlin, 2008, pp. 104-108). Como posible consecuencia del declive demográfico y de la importancia creciente de las tierras bajas por las actividades económicas que allí se desarrollaban, la alcaldía pasó a ser una subdelegación de la intendencia de Valladolid al final del siglo XVIII y la residencia del magistrado se trasladó de Tancítaro a Apatzingán, que se convirtió en la nueva cabecera (Enkerlin, 2003, p. 43). Las descripciones de la *Inspección ocular* de 1790 dejan ver claramente la decadencia y el cambio de estatus de la localidad: «Demuestra este pueblo la opulencia y gran número de habitantes que algún tiempo tuvo, así en los edificios desmoronados y fragmentos que aparecen a la vista, como en el dilatado espacio que ocupaban. Hoy es sólo triste imagen de lo que fue y leve indicante de su antiguo esplendor» (Reyes y Ochoa, 2004, p. 141).

Con su convento franciscano en parte arruinado, el hospital y las casas reales antiguas y «muy maltratadas» y las viviendas comunes «chozas de pared y trojes de madera», el pueblo presentaba un aspecto de descuido y desolación. En los alrededores existían 91 ranchos, ocu-

pados algunos por españoles y la mayoría por indígenas (Reyes y Ochoa, 2004, pp. 141-143).

Las condiciones climáticas y topográficas eran muy distintas de las de Tierra Caliente. Había poca disponibilidad de agua por ser una región de producción; sólo un manantial bajaba de la sierra y surtía al pueblo en agua potable, mediante una red de canales de madera descrita en 1580 y que perduraba dos siglos más tarde (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 157; Reyes y Ochoa, 2004, p. 141). Por lo tanto, el principal cultivo practicado en los llanos y en la parte suave de las vertientes era el maíz de humedad². En las huertas se producía una gran variedad de frutas adaptadas al clima templado (duraznos, membrillos, higos, manzanas, uvas, aguacates) y se obtenían chayotes (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 158). Las sierras que rodeaban el pueblo estaban cubiertas de árboles silvestres: «[...] hay en estas serranías gran cantidad de pinos y algunos robles, y en las quebradas della hay árboles que dellos se saca el aceite que se dice de abeto [...], en los llanos acá abajo hay hermosos pinos y robles» (Ochoa y Sánchez, 1985, pp. 157-158). Surtían madera para la construcción de casas y otros edificios, como la iglesia del pueblo, «bien labrada de madera de muy buenos pinos».

Esta región de difícil acceso no resultó atractiva para los españoles por la imposibilidad de cultivar productos comerciales, y la población que vivía en Tancítaro se mestizó muy lentamente. En el censo de comulgantes de 1681 aparecen en el partido 12 vecinos españoles y 443 indios, que representaban el 85,7% de un total de 517 vecinos, o sea, aproximadamente la misma proporción que la población mestiza en el partido de Pinzándaro para la misma época (Carrillo, 1993, p. 108). Un siglo más tarde, en la *Inspección ocular* se censaban doce familias de españoles que convivían con 115 tributarios indios (Reyes y Ochoa, 2004, pp. 142-143). Los españoles no parecían diferenciarse mucho de los nativos por sus actividades: tenían comercios («algunos tendajos») y «con unas escasas siembras de maíz [...] se mantienen en la mediocridad sin que alguno sobresalga» (Reyes y Ochoa, 2004, p. 143).

De escasas producciones, las tierras altas recibían numerosas y variadas mercancías desde la Tierra Caliente, como tradición heredada de la época prehispánica, cuando Tancítaro era la capital del tributo. El autor de

² El maíz de humedad se sembraba en abril, antes de las lluvias, a unos 20 cm de profundidad en un suelo mantenido húmedo gracias al barbecho y a la cruz (barbecho al revés) efectuados anteriormente (en octubre y febrero). Se cosechaba en diciembre. Esta técnica de cultivo está citada por Sebastián Macarro en 1580.

la *Relación de Tancítaro* se refiere en 1580 a «plátanos que traen a vender a este pueblo [Tancítaro] de la tierra caliente», así como a «melones de Castilla y otros frutos» (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 158). Los vecinos de Tancítaro poseían sus propias granjerías en el valle, «donde cogen mucho maíz, algodón, añis [añil] y cacao y muchos plátanos», que le daban «grandes aprovechamientos de que se sustentan» (Ochoa y Sánchez, 1985, p. 158). Estas relaciones estrechas entre las tierras altas y bajas se mantuvieron durante toda la época colonial. En 1790, unas huertas de plátanos, palmas y mameyes ubicadas en el pueblo de San Juan de los Plátanos estaban en manos de tres cofradías indígenas de Tancítaro. Los plátanos obtenidos se transportaban a las tierras altas para ser almacenados y secados (Reyes y Ochoa, 2004, pp. 143-145). De allí se llevaban a vender a México y a otras ciudades. Otras producciones tropicales de la Tierra Caliente conocían seguramente la misma suerte. Si podía existir en cierta medida el movimiento inverso, con la salida y venta de frutas de las tierras altas a las tierras bajas, los intercambios más importantes de la Tierra Caliente se hacían con la Meseta Purépecha, de donde procedía el pescado (Lecoin, 1988, p. 127).

Tancítaro pasó entonces de ser un lugar de pago del tributo, político y administrativamente importante al inicio de la época colonial a ser un lugar periférico de la Tierra Caliente, de poca relevancia. Situado en una de las rutas comerciales que conectaban la Meseta Purépecha con la Tierra Caliente y la costa, se transformó en un lugar de tránsito de mercancías (Lecoin, 1988).

2. LA EVOLUCIÓN EN EL SIGLO XIX Y LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL XX

La reconstrucción de los paisajes del siglo XIX permite apreciar cierta continuidad con la época colonial, a pesar del impacto que representó la guerra de Independencia y de la inestabilidad política y económica que siguió.

A) *Tierra Caliente:* *la consolidación de una región dinámica y abierta*

La población siguió su movimiento ascendente en el valle mientras perdió totalmente su carácter indígena. Según Barrett (1975, vol. 2, p. 11), no había habitantes que pudieran ser calificados como indígenas a finales del siglo XIX. En esta época, la inestabilidad de las poblaciones era impresionante: desapareció el poblado de Puco, mencionado desde el siglo XVI, y el de Jalpa fue abandonado

en 1885 después de una epidemia; se fueron los pocos vecinos sobrevivientes a Santa Ana Amatlán (AHPPEM, serie Materia Agraria). En cuanto a Tomatlán, situado cerca del río Buenavista, se trasladó a 1,5 km al norte, donde se hallaba la rancharía Buenavista, cuyo nombre adoptó. La desaparición o el desplazamiento de los pueblos se debían a las epidemias que diezaban los pueblos y a razones prácticas, como el acercamiento a manantiales o a tierras más fértiles (Thiébaud y Aguirre, 2011).

Los cultivos practicados siguieron siendo los mismos, con algunas modificaciones. Con la Independencia, la cantidad de añil exportado a Europa disminuyó y el producto se vendió mayormente a varias ciudades de Michoacán y de la república donde había actividad textil (Morelia, Pátzcuaro, Guadalajara, San Luis Potosí, México) (Sánchez, 2008, p. 185). Por el año 1880, con la proliferación de los tintes químicos, el cultivo decayó definitivamente. La actividad cañera, en cambio, se siguió desarrollando: se extendieron los cañaverales y se construyeron más trapiches. El arroz se siguió cultivando en las haciendas durante y después de la guerra de independencia. Era destinado al autoconsumo y a la venta a los pueblos del valle y a las grandes ciudades del país, y se desgranaba en morteros de madera de parota (Sánchez, 2008, p. 252). A finales del siglo XIX se desarrolló un nuevo cultivo, el ajonjolí, en tierras de riego y de temporal. A partir de las primeras décadas del siglo XX aparecieron también huertas de limones asentadas a un lado o en sustitución de las antiguas huertas de frutales. Estos cultivos diversos compartían el espacio con el maíz, que siempre se cultivó en el valle para el autoconsumo y las ventas a nivel local.

Los principales cambios que se dieron en la época tuvieron que ver con la tenencia de la tierra. En el estado de Michoacán se publicaron leyes y reglamentos en 1828 y 1851 para ordenar el reparto y fraccionamiento de las tierras de las comunidades, además de la ley federal de Lerdo de 1856³. Pero es solamente en 1869 cuando se aplicaron y se empezaron a fraccionar y repartir las tierras (Knowlton, 1990, pp. 4-7). A pesar de que se aplicó la ley estatal de 1851 y no la ley federal, hubo casos de acapara-

³ La ley Lerdo decretó la adjudicación de todos los bienes de las corporaciones eclesíásticas y civiles. Permitía a los arrendatarios pedir la adjudicación de la porción que estaban rentando, disposición que «no significaba solamente la desintegración de la unidad de la tierra [...], sino que fue el mecanismo empleado para despojar a los indígenas de sus propiedades e incorporarlas al mercado de la fuerza de trabajo» (García, 1992, p. 56). La ley estatal de 1851 en cambio prescribía el reparto equitativo de los bienes comunales a los indígenas. El gobernador de Michoacán, Gregorio Ceballos, hizo todo lo posible para que no se aplicara la ley federal sino la ley estatal (García, 1992, pp. 56-57).

miento de las tierras comunales en los pueblos de la Tierra Caliente y no se dio una repartición equitativa entre los miembros beneficiarios de las comunidades⁴. En muchos casos, los funcionarios locales de los pueblos, que encabezaron las comisiones repartidoras, aprovecharon su poder para cometer abusos. Los habitantes de Tomatlán acusaron en 1873 a Antonio Álvarez, presidente de la Comisión repartidora de Tancítaro, de haberlos despojados de unos terrenos situados en Mesas de San Juan de Dios (AHPPEM, Ramo Hijuelas, libro 6). Hubo también propiedades que no fueron repartidas, sino vendidas a personas externas a la comunidad. Por ejemplo, el rancho San Mateo, parte de una cofradía de Pinzándaro, se vendió en 1869 con licencia del Gobierno a Marcelino Espino, vecino de Los Reyes (AHPPEM, Ramo Hijuelas, libro 8). Por otra parte, muchos de los comuneros que obtuvieron una fracción la vendieron posteriormente a terratenientes y se convirtieron en asalariados de las haciendas. Es el caso de varios comuneros de Tomatlán que cedieron el terreno El Zapotal y la finca denominada El Nacimiento al mismo Antonio Álvarez (Estrada, 1998, p. 50). Las tierras comunales se acabaron de repartir entre 1870 y 1872 en los pueblos del valle, sin que se cumpliera la intención de equidad de la ley de 1851. Como en otros lugares, la desamortización no permitió a pequeños propietarios prosperar, pero sí a la pequeña burguesía rural enriquecerse.⁵

Otra de las transformaciones importantes del siglo XIX, relacionada con la anterior, fue el aumento de las producciones, gracias a las mejoras aportadas por los grandes propietarios a la tecnología hidráulica y a la maquinaria, en especial a los trapiches. Ya en el siglo XVIII, en las haciendas más grandes, se habían construido acueductos para que funcionaran los molinos con el agua de los ríos y no con la fuerza animal, se habían cambiado los rodillos verticales por unos horizontales para permitir una mayor extracción del jugo y se habían sustituido ciertas piezas de madera por unas de metal (Sánchez, 2008, pp. 295-296). Estas mejoras se extendieron a la mayoría de los trapiches en el siglo XIX y se modernizó el sistema de cocimiento del jugo de la caña en las calderas (Sánchez, 2008, p. 300). En las últimas décadas del siglo XIX, las dos haciendas cercanas al pueblo de Tomatlán, El Nacimiento y San Pablo, dedicaban gran parte de sus

tierras irrigables al cultivo de la caña y tenían sus propios trapiches, en los cuales se fabricaban piloncillos y alfeñiques, azúcar y alcohol. En esa época de numerosas disputas sobre el agua, los propietarios hicieron también mejoras al sistema de riego, gracias al cual podían obtener cosechas anuales de maíz, frijol y ajonjolí y buenos rendimientos de arroz. Construyeron obras modestas, como los embalses y las ruedas de agua (norias) que permitieron elevar el nivel de agua e irrigar nuevas parcelas.

A pesar de estas innovaciones, las tierras regadas (tan importantes económicamente) seguían representando una pequeña parte de los latifundios. La hacienda El Nacimiento abarcaba por ejemplo 320 hectáreas de terrenos de riego y 3.500 hectáreas de terreno de pastoreo y matorral en 1927 (Registro Público de la Propiedad, Morelia). En estas inmensas superficies se asentaron nuevos ranchos a lo largo de los años. Fueron construidos por poblaciones que aprovechaban la gran extensión de las haciendas y el poco control ejercido sobre sus tierras para instalarse y cultivar nuevas superficies. En un documento de 1909, el autor menciona a los usurpadores que se habían apoderado de tierras de las haciendas Parandíán y Terrenate, por lo cual los dueños «no tienen la real y efectiva posesión» (Fondo Francisco Múgica, Museo Lázaro Cárdenas). En otros casos, los medieros y arrendatarios de las haciendas desmontaban y sembraban cultivos de temporal con la autorización de los hacendados. Era una manera para éstos de extender los cultivos a expensas del matorral y de asegurar un control sobre superficies alejadas de los cascos. Según una descripción del año 1909, las haciendas Parandíán y Terrenate, situadas al norte del río Tepalcatepec, contabilizan 21 rancherías (Fondo Francisco Múgica, Museo Lázaro Cárdenas). Con el tiempo, algunos de estos pequeños núcleos, cualquiera que fuera su origen, se separaron para formar asentamientos independientes. Su actividad principal era la ganadería extensiva; las vacas andaban sueltas en el monte durante los meses de invierno y primavera y se ordeñaban solamente cuando la vegetación reverdecía con las lluvias. El queso, fabricado in situ, se vendía en los pueblos de los alrededores, en la ciudad de Apatzingán y en las tierras altas de Michoacán.

Para inicios del siglo XX, la parte baja de la microcuenca del río Buenavista seguía siendo una región con riquezas agrícolas pero con beneficios muy mal repartidos: de las grandes haciendas con cultivos comerciales rentables se beneficiaba una minoría, mientras la mayoría de la población se movía de un lugar a otro en busca de trabajo y vivía de un jornal o de la cosecha aleatoria de una pequeña parcela de maíz.

⁴ Ya no existían indígenas en la región para esta época, sin embargo perduraban las comunidades (formadas por mestizos) como estructura jurídica para proteger las tierras comunales, arrendarlas, etcétera.

⁵ Según Luis González: «Ningún pobre remedió su pobreza con la ley Lerdo; pero muchos terratenientes y comerciantes ricos aumentaron su fortuna» (Velasco, 1993, p. 45).

*B) La región de Tancítaro:
cultivos de subsistencia y pequeñas industrias*

En la parte alta de la microcuenca, la Desamortización afectó los bienes de las cofradías religiosas además de los bienes comunales en 1872. Las tierras de monte, los pastos y las huertas que los comuneros poseían en San Juan de los Plátanos fueron repartidos, así como diversos ranchos y rancherías (Zirapitiro, Rosario, Pancindan), que se habían multiplicado en las tierras altas y templadas para esta época. Como en el caso de la Tierra Caliente, los beneficiados fueron grandes propietarios que participaron en la Comisión repartidora y compraron fracciones a los comuneros después de la repartición (Estrada, 1998, pp. 49-57). Además de tierras y ranchos, se apropiaron de bienes inmuebles y de artefactos productores (molinos de trigo, trapiches), tanto en los alrededores de Tancítaro como en el valle y en la zona intermediaria. A pesar de esto, la estructura de pequeñas propiedades que predominaba antes de la Desamortización no cambió mucho.

Sin posibilidad de riego ni de obtener cultivos comerciales, la producción principal siguió siendo el maíz: de humedad o de temporal, cubría la mayor parte de las superficies de labor en las tierras altas. El trigo era otro cultivo importante, aunque no tenemos indicaciones sobre su extensión espacial. En los ranchos El Tizate, Choritiro y en el pueblo de Tancítaro se hallaban molinos de trigo donde se elaboraban harinas más o menos refinadas que se vendían como alimento de bovino y para la fabricación de pan y tortillas. La madera de los bosques se seguía aprovechando para la construcción, ya que gran parte de las casas del pueblo y de los ranchos eran construidas con este material; existían en Tancítaro pequeños aserraderos donde se procesaba. La leña servía además para el uso doméstico y surtía los molinos de trigo que utilizaban la energía térmica. La extracción de resina constituía otra actividad importante: los pinos eran raspados y ordeñados y la resina obtenida almacenada en tambores, recolectada en algunos puntos del municipio de Tancítaro (Codémbaro, rancho El Cortijo) y llevada a fábricas de Uruapan, donde era procesada.

Una pequeña actividad industrial se desarrolló por lo tanto en el siglo XIX e inicios del XX: las producciones locales se procesaban en los aserraderos y los molinos de trigo ubicados en Tancítaro y otras localidades de las tierras altas. Siguió también la modesta actividad comercial, ya que Tancítaro constituía un punto céntrico para la población fuertemente diseminada de los alrededores. Según el Censo de Población de 1910, la cabecera tenía 2.456 habitantes, mientras que en los otros asentamientos del mu-

nicipio (pueblos, haciendas, rancherías y ranchos) vivían 8.467 personas, o sea, el 77,5 % de la población municipal (INEGI, 1910). La población de estos lugares acudía con regularidad al pueblo para surtir de granos y de distintas materias primas (telas, ropa, zapatos, azúcar, alcohol). El domingo, día de mercado, llegaban también habitantes y comerciantes de pueblos y ciudades más alejados: de Tierra Caliente, de la Sierra Madre del Sur, del eje neovolcánico y de los estados vecinos de Jalisco y Colima (Estrada, 1998, pp. 82-83). La madera de pino y roble era particularmente solicitada por parte de los habitantes del valle, así como el pan y la harina, ya que no se daban allí ni los árboles ni el cultivo del trigo. En cambio, ellos llevaban para su venta producciones de frutas tropicales y de arroz.

Los intercambios entre ambas regiones perduraron entonces y fueron facilitados por la aparición de nuevas vías de comunicación. En un contexto nacional de mejoramiento de las redes viarias con la llegada del ferrocarril a la región (en 1899 a Uruapan, en 1902 a Los Reyes), se hicieron obras de mejoras y mantenimiento en las principales vías de acceso de la sierra Purépecha a Tancítaro a finales del siglo XIX, y se mejoró también el camino de herradura que conducía a Apatzingán vía Acahuato (Estrada, 1998, pp. 95-96).

III. LOS GRANDES CAMBIOS DEL SIGLO XX

Toda la microcuenca del río Buenavista conoció cambios fuertes en la segunda mitad del siglo XX, con la reforma agraria, las obras hidráulicas y la inversión del capital. Para entenderlos, fueron utilizados en primer lugar los testimonios orales de ejidatarios, pequeños propietarios, herederos de hacendados, jornaleros, entre otros. Se revisaron también los informes de las Procuradurías Agrarias de Apatzingán y Uruapan y del Registro Agrario Nacional de Morelia, las actas de compraventas del Registro Público de la Propiedad de Morelia, documentos del Archivo General de la Nación y varios censos del INEGI. Se hizo además una consulta exhaustiva de bibliografía relacionada con el tema.

1. LA REFORMA AGRARIA Y LAS OBRAS HIDRÁULICAS EN TIERRA CALIENTE

A) Nuevas tierras de riego, beneficios repartidos

Las primeras tierras que se repartieron en las décadas de 1930 y 1940, como resultado de la reforma agraria,

fueron haciendas con cultivos comerciales que se extendían en la parte septentrional del valle. La resolución presidencial atribuyó las tierras de la hacienda San Pablo de manera definitiva en 1944; fueron distribuidas 4.694-80 hectáreas, de las cuales el 81,9% eran de agostadero y matorral, el 6% de riego y el 12,1% de temporal. Las haciendas ganaderas situadas más al sur también se repartieron, y el movimiento se acentuó cuando la Comisión del Tepalcatepec empezó a actuar. Fundada en 1947 y encabezada por el general Lázaro Cárdenas, la Comisión tenía como objetivos el desarrollo económico y social de la región, a través del fraccionamiento de los latifundios en ejidos y pequeñas propiedades, de la construcción de obras hidráulicas y de drenaje, de carreteras, centros de población, escuelas (Barkin y King, 1979, p. 132). En 1952 se inauguró una gran obra en la parte occidental del valle, la presa derivadora Piedras Blancas, que llevó agua del río Tepalcatepec a 18.000 hectáreas de tierras, en el margen izquierdo del río. Por otra parte, la Comisión mejoró las pequeñas estructuras hidráulicas ya existentes, como las presas, los canales y los repartidores de agua. Con la ampliación del área regada, creció la superficie expuesta a expropiación y nuevas propiedades fueron afectadas. Entre 1930 y 1982, en el municipio de Buenavista se formaron 35 ejidos que cubrían una superficie de 45.617 hectáreas, de los cuales se beneficiaron 2.642 individuos (Ortiz, 1983, p. 17)⁶.

La repartición tuvo consecuencias demográficas fuertes. Con la repartición y atribución de tierras, llegaron pobladores desde los alrededores pero también desde otras partes de Michoacán y de los estados vecinos. Los pueblos crecieron: la población total del municipio de Buenavista pasó de 1.127 habitantes en 1921 a 23.768 habitantes en 1970 (INEGI). Además, se crearon centros de población en lugares anteriormente deshabitados. El ejemplo más destacado es el centro ejidal Felipe Carrillo Puerto, que fue fundado en 1955 para acoger a los beneficiarios de tres ejidos y que contaba ya con 2.606 habitantes en 1960, o sea, más que la cabecera municipal de Buenavista. Surgieron de la misma manera otros pueblos de tamaño más modesto, como Francisco Villa, Francisco I Madero, 5 de Mayo, Punta de Agua, mientras en esta misma década numerosos ranchos se despoblaron (INEGI). Sus habitantes se hicieron ejidatarios y se trasladaron a las localidades, con el fin de acercarse a sus parcelas y

aprovechar los servicios, ya que los pueblos nuevos y antiguos se beneficiaron en estos años de redes de agua potable, plantas hidroeléctricas, así como de la construcción de calles pavimentadas, escuelas y hospitales.

En las primeras décadas después de la repartición, los ejidatarios se dedicaron a los cultivos que muchos de ellos practicaban antes como medieros o jornaleros (el maíz, el frijol, el arroz, el ajonjolí) y cuidaron las huertas de plátanos y mangos que se quedaron de la época anterior. El cultivo de la caña de azúcar, en cambio, desapareció, como consecuencia de la destrucción de los trapiches durante la Revolución y la guerra Cristera. A partir de 1956, el cultivo del algodón, de vieja tradición en el valle, se empezó a sembrar de nuevo en la región de Apatzingán. Gracias a los créditos acordados por el Banco Ejidal, a la introducción de fertilizantes e insecticidas y a la instalación de una Central de Maquinaria que se encargaba del desempedre de las parcelas y de todos los labores (Barkin, 1979, p. 135), el cultivo llegó a ocupar gran parte de las tierras cultivadas, tanto en los ejidos como en las pequeñas propiedades. El desarrollo de la red de comunicación, otro de los encargos de la Comisión del Tepalcatepec (ampliación de la vía férrea de Uruapan a Apatzingán, en 1941, y construcción de la carretera nacional entre ambas ciudades, en 1952) fue un elemento fundamental en la expansión del cultivo, porque facilitó el transporte y la venta de las mercancías a grandes ciudades de la República (México y Guadalajara sobre todo) para su exportación. La Tierra Caliente se convirtió entonces en una de las principales regiones exportadoras de algodón del país y conoció un desarrollo sin antecedente que benefició a gran parte de la población. Sin embargo, después de unos quince años de presencia, el cultivo empezó a decaer por distintas razones, de las cuales sobresalen la sobresaturación del mercado mundial, el aumento de los costos de producción, el agotamiento de la tierra y la multiplicación de las plagas (Ortiz, 1983, pp. 82-85). En sustitución, se desarrollaron otros cultivos comerciales en los años sesenta: el más importante fue el sorgo escobero, que duró hasta finales de los setenta, pero se cultivaron también melones y sandías, papayas, pepinos, huertas de limones y mangos.

La actividad ganadera, tan importante en las épocas anteriores, se modificó con las reparticiones de tierra. De extensiva, pasó a ser dinámica y fuente de recursos. Las tierras que no convenían para los cultivos (por falta de agua y presencia de salitre) se desmontaron y cercaron. Se sembró pasto, se cultivó forraje (sorgo forrajero) y se mejoró la raza de bovinos gracias a la introducción de sementales «cebu» por la Comisión del Tepalcatepec.

⁶ Sin embargo, no todos los ejidatarios se pudieron beneficiar de tierras de riego. Según Barrett, solamente el 60% de los ejidatarios tuvo tierra regada y para 24% de ellos llegaba a 10 hectáreas (Barrett, 1975, vol. 2, p. 67).

B) *El declive de las últimas dos décadas*

Con la presa Chilatán, otra gran obra hidráulica del valle que inició sus operaciones en 1990, se abrieron nuevas extensiones irrigadas. En 1992 se construyó un canal moderno al lado de la estructura antigua que salía de la presa Piedras Blancas y se abrieron progresivamente nuevos canales para alcanzar más extensiones de tierras. La mitad del Llano de Buenavista, constituido por tierras ejidales y pequeñas propiedades, se benefició así de riego por gravedad en 2006, lo que mejoró su sistema de irrigación anterior con aguas broncas (funcionando de manera eventual) y pozos profundos (sistema costoso).

Los principales cultivos que se beneficiaron de estas obras fueron las limoneras: son mayoritarias en el llano actualmente y siguen colonizando nuevas tierras. Presentan numerosas ventajas: los árboles dan frutos todo el año y se necesita una mano de obra numerosa para la cosecha, por lo cual ofrece empleos a muchos habitantes de la región. Existen catorce empacadoras de limones en el municipio de Buenavista, así como una fábrica de aceite de limón. Sin embargo, si predomina este cultivo es más por falta de opciones que por la rentabilidad del producto. En efecto, implica altos costos de producción (agua, fertilizante, insecticida, mano de obra) y tiene precios de venta inestables causados por la sobreproducción. La variedad de limón (agrio mexicano) y la falta de redes de comercialización no permiten la exportación a Estados Unidos, pues los limones de la región surten esencialmente el Bajío y la ciudad de México. Los otros cultivos (maíz, sorgo, chile, pepino, mango) no son más convincentes por sus bajos precios y se extienden solamente en superficies reducidas. En cuanto a la ganadería, no da tampoco ingresos importantes: los productos lácteos se venden en el ámbito regional y los animales para engorda a San Luis Potosí. Entonces, ninguna alternativa agropecuaria fiable vino a sustituir el cultivo del algodón después de los años ochenta.

De la misma manera, la estructura ejidal dejó ver rápidamente sus límites. Las diferencias socioeconómicas se marcaron con fuerza poco tiempo después de la repartición. Hubo acaparamiento por parte de los líderes, que adquirieron o rentaron parcelas en varios ejidos, formando así otra vez grandes conjuntos, cuya superficie es difícil de evaluar. Mientras tanto, los ejidatarios que no se beneficiaron de los créditos adecuados y no tenían los conocimientos técnicos necesarios, acabaron rentando o vendiendo su parcela y convirtiéndose en peones. Las diferencias se fueron acentuando en la época algodонера (Ortiz, 1983, p. 69) y las últimas ampliaciones de ejidos

no bastaron para todos los solicitantes; muchos hijos de ejidatarios no pudieron beneficiarse de parcelas y trabajan en la actualidad como peones o en otras actividades. Con la reforma de los ejidos en 1992, se acabó la repartición y el movimiento de venta y de acumulación de tierras se acentuó, ya que fueron facilitados los trámites de compraventas de parcelas ejidales.

Frente a estos fenómenos de acaparamiento de tierras y de falta de rentabilidad de las actividades, se multiplicaron las actividades ilícitas (cultivo de marihuana, fabricación de drogas químicas en laboratorios) y la emigración a Estados Unidos aumentó. Si durante las décadas del algodón la emigración internacional que ya existía era compensada por la inmigración regional, esto cambió en los años setenta y ochenta, con la desaparición del cultivo y el final de la dotación de tierras productivas. La población de Felipe Carrillo Puerto, en fuerte expansión desde su creación, conoció una tasa de crecimiento demográfico débil de 1980 a 2010⁷. Después de haber sido una tierra de atracción durante siglos, la parte baja de la microcuenca se transformó en una tierra de expulsión.

En conclusión, es importante destacar que los paisajes actuales y la organización territorial que reflejan resultan de los grandes cambios que se produjeron en el periodo 1930-1940, con la repartición de las tierras y las grandes obras hidráulicas. Esta nueva organización territorial borró en gran parte la anterior, heredada de la época colonial, con sus haciendas y cultivos comerciales, que casi no dejó huellas, excepto algunas ruinas de cascos y trapiches. Por otra parte, el estudio demuestra que, a pesar de las ventajas naturales que existían para los productos tropicales y los proyectos sociales que se realizaron a lo largo del siglo xx, el valle se encuentra hoy en día estancado. No se aprovechó el contexto actual de libre comercio con los países vecinos del norte para incentivar y desarrollar cultivos de exportación.

2. EL AGUACATE EN LAS TIERRAS ALTAS

La región de Tancítaro presenta características totalmente distintas. Después de siglos de pocas actividades y cierto aislamiento, conoció a partir de los años setenta un desarrollo inesperado.

⁷ Pasó de 5,87% entre 1960 y 1980 a 0,76% para el periodo 1980-2010 (INEGI, 1910-2010).

A) *Los cambios provocados por el cultivo*

En las primeras décadas del siglo XX, los habitantes del pueblo y de los ranchos empezaron a salir con frecuencia para buscar trabajo: iban a Tierra Caliente, a la ciudad de México e incluso a Estados Unidos, donde se quedaban una temporada y hasta varios meses. En las décadas siguientes, la reforma agraria tuvo poco impacto: en la parte alta, solamente algunas propiedades tenían la extensión y las cualidades (riego) permitiendo su expropiación. Se formaron sólo doce ejidos en el municipio de Tancítaro, sobre todo en las tierras templadas, en contra de 48 en el de Buenavista (INEGI, 1990, 1991). En cuanto al sistema de riego, no conoció mejoras notables. Por lo tanto, las intervenciones del Estado que tanto cambiaron la situación en las tierras de abajo no aportaron una solución a los campesinos de la zona alta y no frenaron la emigración. La población de Tancítaro bajó de 2.456 habitantes en 1910 a 1.858 en 1940 (INEGI, 1910-2010).

En los años sesenta, el cultivo del aguacate, promovido por el Instituto Mexicano de Café, a través del Programa de Diversificación de Cultivos para Zonas Cafetaleras (Bárceñas, 2002, p. 35), empezó a expandirse en los alrededores de Uruapan y de San Juan Nuevo y poco tiempo después en los alrededores de Peribán. El clima templado y húmedo y las condiciones edafológicas permitieron obtener buenos resultados de la variedad Hass, que conquistó poco a poco nuevos terrenos. En los años setenta, distintas medidas estatales favorecieron el cultivo⁸, mientras la demanda de aguacate fue aumentando en todo el país (Mendoza, 2001, p. 140). Como consecuencia, las huertas se expandieron más y llegaron a los alrededores de Tancítaro. En pocos años, la parte alta de la microcuenca, hasta entonces dedicada al cultivo de cereales, a la ganadería y a la producción de café y de algunos frutales, se cubrió de aguacates. La tendencia continuó cuando los productores intentaron compensar el desplome de los precios que provocó la crisis financiera de 1982, con un aumento de la superficie plantada (Mendoza, 2001, p. 155).

Las huertas se sustituyeron a las siembras y a los pastizales y, en un segundo tiempo, a los bosques de pinos. El cultivo presentaba pues numerosas ventajas respecto a las actividades anteriores: los aguacates daban fruto casi todo el tiempo; el riego no era indispensable aunque se obtenían mejores cosechas con él; el precio de venta fue

muy interesante desde el inicio, ya que el propietario de una hectárea podía obtener de sus ventas entre 15.000 y 17.500 pesos, mientras que sembrar de maíz sólo le daba 1.000 pesos⁹. La diferencia de resultados explica la adopción del nuevo cultivo por numerosos campesinos, a pesar de que los insumos y el trabajo invertidos eran más importantes en las huertas.

En cuanto a la deforestación que se dio a partir de los años ochenta, convenía no solamente a los productores de aguacate para poder plantar nuevas huertas, sino también a los aserraderos, que se beneficiaban de la madera, y a los talamontes, que se encargaban de la operación de corte. En paralelo a la expansión aguacatera, se desarrolló la industria maderable con la instalación de numerosos aserraderos en el pueblo y sus alrededores, mientras disminuía la actividad de recolección de resina.

B) *El boom de los años noventa*

En los noventa se constituyó una junta local de la organización Sanidad Vegetal coordinada por la Secretaría de Agricultura. Especializada en el aguacate, tenía como objetivo dejar los frutos libres de plagas para poder exportarlos. Después de un largo proceso facilitado por la iniciación del Tratado de Libre Comercio, se obtuvo el derecho de exportación a Estados Unidos, para el ciclo de producción 1997-1998. A pesar de los requisitos de higiene y de calidad muy drásticos para exportar, cada año más productores se dejaron convencer por el precio de venta alto (de 8 a 10 pesos por kg en promedio). Mientras durante la primera temporada participaron sólo dieciséis productores con 364 hectáreas, en 2005 se exportaron las producciones de once mil hectáreas¹⁰. En paralelo, el mercado estadounidense se abrió cada vez más: cuando en 1997 se podía exportar durante cuatro meses al año y sólo a diecinueve estados, en la actualidad todos los estados están abiertos, incluso los productores (California, Florida y Hawai) durante todo el año. A pesar de que las cantidades exportadas representan solamente aproximadamente el veinte por ciento de las producciones, la posibilidad de exportar implicó un aumento de los precios que favoreció a todo el sector.

El cultivo persiguió entonces su expansión espacial: hasta los 1.200 metros como límite inferior (porque las

⁸ Los ejidos pudieron contratar créditos y el Estado otorgó subsidios a los insumos agrícolas.

⁹ Una hectárea de maíz daba dos toneladas en promedio, y se vendía la harena de 70 kg entre 35 y 40 pesos. Cuando empezó el cultivo del aguacate, se cosechaban de 15 a 20 toneladas en una hectárea de huerta y se vendía el kilo entre 0,8 y 1 peso.

¹⁰ Cifras proporcionadas por Sanidad Vegetal, Tancítaro.

plagas afectan a los árboles cuando el clima es demasiado cálido) y hasta los 2.500 metros, límite superior a partir del cual no se pueden obtener cosechas por las heladas. Tampoco se pueden plantar los frutales en las vertientes demasiado quebradas y en los llanos de altitud, donde se mantuvieron pastos y cultivos de cereales, en razón de la circulación de aire frío que afecta los frutales en invierno (Thiébaud, 2010).

La deforestación que deriva de la expansión del cultivo aguacatero no dejó de progresar, pero es difícil de sustentar con números, ya que existen pocas estadísticas al respecto. Según el titular de la Comisión Forestal del Gobierno estatal, fue un cincuenta por ciento de la superficie forestal la que desapareció en los últimos cincuenta años en esta zona, principalmente por el cambio de uso de suelo (Martínez, 2006). La reducción del bosque mesófilo tiene graves consecuencias, como la reducción de los acuíferos y el agotamiento de las aguas superficiales; la erosión de los suelos con deslaves y derrumbes en los cerros; la disminución de las precipitaciones y de la humedad; la desaparición de una flora y fauna específica del lugar, en especial de insectos polinizadores. Otra consecuencia negativa de la hegemonía del cultivo es el uso inmoderado de productos químicos, que provoca una fuerte contaminación del aire, el agua y los suelos. El deterioro medioambiental afecta no solamente a la región de producción aguacatera, sino también las tierras situadas aguas abajo, por ser un área de almacenamiento del agua.

Con la expansión del cultivo se dan en cambio ciertos beneficios económicos. Gracias a las posibilidades de trabajo que llevó el cultivo, la emigración se detuvo y las localidades dejaron de perder población. Los ejidatarios y pequeños propietarios pueden vivir de sus tierras, ya que unas cinco hectáreas son suficientes para la supervivencia de una familia. Los otros encuentran trabajo fácilmente como peones en las huertas, obreros en las emparadoras y los aserraderos, choferes en las empresas de transporte. El Congreso del Estado de Michoacán considera que en 2008 había 11.400 productores en el estado y que el cultivo y la industria del aguacate generaban además alrededor de cien mil empleos (H. Congreso del Estado de Michoacán de Ocampo, *Dictamen 67*). Por lo tanto, la emigración a Estados Unidos no está tan generalizada como en otras regiones. Entre 1970 y 2010, la población del pueblo de Tancítaro pasó de 2.264 habitantes a 6.747 y la del municipio de 16.613 a 29.414 habitantes. Como consecuencia, el pueblo creció y cambió de aspecto: se empezaron a construir casas nuevas de material (algunas de dos pisos), las calles principales se pavimentaron, los comercios se duplicaron.

Para concluir, podemos decir que la parte alta de la microcuenca del río Buenavista se ha modificado totalmente durante las últimas décadas. La mayoría de las actividades están relacionadas hoy en día con el cultivo del aguacate y la tala de madera, lo cual se refleja en la gran homogeneidad que presentan los paisajes. Las formas existentes nacieron con estas actividades recientes, y no coexisten con elementos de épocas anteriores, a excepción de algunas «reliquias» (parcelas de cereales y pastizales). Por otra parte, podemos constatar que las relaciones con la Tierra Caliente son menos importantes que en el pasado; los intercambios de producciones ya no se practican a escala local y la mano de obra necesaria al cultivo del aguacate proviene de la sierra Purépecha y no del valle. La sierra está mejor comunicada con el Bajío situado al norte que con las tierras del sur. Las dos partes de la microcuenca, unidas durante siglos por relaciones comerciales, se dan hoy en día la espalda.

CONCLUSIÓN

Un cambio radical se ha producido en las últimas décadas en la microcuenca. El desarrollo económico se da actualmente en las tierras altas, que fueron consideradas durante siglos como poco aptas para cultivos rentables. La región de Tancítaro se convirtió por lo tanto en una región rural dinámica y atractiva, para las inversiones y las poblaciones. En cambio, la Tierra Caliente, donde se practicaron cultivos comerciales desde la época colonial y que fue un foco de inversiones estatales en el siglo xx, conoce desde las últimas décadas un profundo declive económico que tiene consecuencias demográficas negativas.

Las acciones antrópicas fueron diversificadas a lo largo del tiempo y tuvieron consecuencias diferentes de una parte a otra de la microcuenca. Eventos localizados influyeron en las transformaciones, como las epidemias en la época colonial, pero lo hicieron también grandes sucesos nacionales en distintas épocas, como la desamortización, la reforma agraria o el Tratado de Libre Comercio. El impacto de cada uno varió dentro de la microcuenca: la desamortización afectó por ejemplo mucho más el valle, mientras la liberalización de los mercados influyó exclusivamente en los paisajes de la sierra y determinó su conformación actual.

Frente a la acción humana, las condiciones naturales parecen entonces poco determinantes. Unos elementos considerados como desventajosos durante siglos, como en este caso los terrenos accidentados y el clima frío, se pueden transformar en elementos favorables para el de-

sarrollo de una nueva actividad. El estudio de los paisajes de la microcuenca ilustra nuevamente la ausencia de todo determinismo geográfico y la importancia de las acciones antrópicas; la adaptación al medio y las modificaciones que se hacen para aprovecharlo al máximo. La amplitud del movimiento de deforestación en la sierra nos lleva sin embargo a interrogarnos sobre los riesgos ambientales que implican las inversiones privadas ejercidas casi sin control.

BIBLIOGRAFÍA

- BÁRCENAS ORTEGA, A. E. (2002): «Algunos antecedentes del cultivo del aguacate en Uruapan, Michoacán», en José Napoleón Guzmán Ávila (ed.): *Uruapan: Paraíso que guarda tesoros enterrados, acordes musicales y danzas de negros*. Biblioteca Uruapense, Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH, Morelia, pp. 31-50.
- BARKIN, D., y T. KING (1979): *Desarrollo económico regional, enfoque por cuencas hidrológicas de México*. Siglo XXI, México, 267 pp.
- BARRETT, E. M. (1975): *La cuenca del Tepalcatepec*, vol.1: *Su colonización y tenencia de la tierra*, vol. 2: *Su desarrollo moderno*. Secretaría de Educación Pública, México.
- CARRILLO CÁZARES, A. (1993): *Michoacán en el otoño del siglo XVII*. El Colegio de Michoacán, Gobierno de Michoacán, Zamora, 520 pp.
- ENKERLIN PAUWELLS, L. M. (2003): «Espacio y población en la alcaldía mayor de Tancítaro durante el siglo XVIII; primer acercamiento», en *Arquitectura, territorio y población en el antiguo obispado de Michoacán virreinal. Memorias I Seminario*. UMSNH, CONACYT, Morelia, pp. 42-52.
- (2008): «Reestructuración del territorio y reacomodo de la población india en la cuenca del Tepalcatepec durante el siglo XVI», en Eugenia María Azevedo Salomao (dirección general): *Del territorio a la arquitectura en el obispado de Michoacán*. UMSNH, CONACYT, Morelia, pp. 91-114.
- ESCADÓN, P. (2005): «Tancítaro y la Tierra Caliente bajo la administración franciscana, 1552-1636». *Relaciones*, vol. XXVI, núm. 103 (verano), pp. 213-261.
- ESTRADA VIRGEN, E. D. (1998): *Reparto de tierras comunales y consolidación de la burguesía rural en Tancítaro, Los Reyes y Peribán (1867-1910)*. Tesis de licenciatura en Historia, UMSNH, Escuela de Historia, Morelia, 164 pp., inédita.
- GARCÍA ÁVILA, S. (1992): «Desintegración de las comunidades indígenas en Morelia». *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* (UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas), vol. 15m pp. 47-64.
- GÓMEZ MENDOZA, J., J. MUÑOZ JIMÉNEZ y N. ORTEGA CANTERO (1994): *El pensamiento geográfico: estudio interpretativo y antología de textos de Humboldt a las tendencias radicales*. Alianza, Madrid, 545 pp.
- GONZÁLEZ DE COSSÍO, F. (prólogo) (1952): *El libro de las tasaciones de pueblos de la Nueva España, siglo XVI*. Archivo General de la Nación, México, 667 pp.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, I. (1985): *El obispado de Michoacán en 1765*. Investigaciones Históricas, México, 367 pp.
- H. CONGRESO DEL ESTADO DE MICHOACÁN DE OCAMPO (2008): *Dictamen 67. Dictamen con Proyecto de Acuerdo que declara improcedente la Iniciativa de Ley para el Desarrollo Integral del Aguacate en el Estado de Michoacán*. Comisión de Desarrollo Rural, <http://congresomich.gob.mx/transparencia/lxxi-dictamenes/dictamen%2067_11-09-08.doc>. [Consulta: 01/09/08.]
- INEGI (1910-2000): *Archivo Histórico de Localidades*, <<http://mapserver.inegi.org.mx/AHL>>.
- (1990): *Datos por ejido y comunidad, XI Censo general de población y vivienda*, <www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/ccpv/cpv1990/default.aspx>.
- (1991): *Censo Agrícola, Ganadero y Forestal 2007*, <www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/Agro/ca2007/Resultados_Agricola/default.aspx>.
- (2010): *Censo de Población y Vivienda 2010*, <www.censo2010.org.mx>.
- INFORME DE GOBIERNO, MICHOACÁN (1892): *Memoria sobre la administración pública del Estado de Michoacán de Ocampo*. Gobierno del Estado de Michoacán, Morelia.
- KNOWLTON, R. J. (1990): «La división de las tierras de los pueblos durante el siglo XIX: el caso de Michoacán». *Historia Mexicana* 157 (El Colegio de México), vol. XL, núm. 1 (julio-septiembre), pp. 3-25.
- LECOIN, S. (1988): «Intercambios, movimientos de población y trabajo en la diócesis de Michoacán en el siglo XVI (Un aspecto de las Relaciones Geográficas de 1580)», en Thomas Calvo y Gustavo López (coords.): *Movimientos de población en el occidente de México*. CEMCA, El Colegio de Michoacán, pp. 123-137.
- LÓPEZ LARA, R. (nota preliminar) (1976): *El obispado de Michoacán en el siglo XVII. Informe inédito de beneficios, pueblos y lenguas*. Morelia, 243 pp.
- MARTÍNEZ ELORRIAGA, E. (2006): «En sólo 50 años Michoacán ha perdido el 50 por ciento de sus recursos

- forestales». *La Jornada Michoacán* (Morelia), sección Sociedad, 3 febrero.
- MENDOZA ARROYO, J. M. (2001): «Conurbación ejidal, cambio territorial y revalorización de los recursos naturales en el ejido San Francisco Uruapan, 1977-1997». *Relaciones* 85, vol. XXII (invierno), pp. 131-160.
- OCHOA SERRANO, Á., y G. SÁNCHEZ DÍAZ (1985): *Relaciones y memorias de la provincia de Michoacán, 1579-1581*. UMSNH, Ayuntamiento de Morelia, Morelia, 239 pp.
- ORTIZ ESCAMILLA, J. (1983): *El desarrollo económico-social del centro ejidal Felipe Carrillo Puerto (La Ruana): 1952-1981*. Tesis de licenciatura en Historia, UMSNH, Escuela de Historia, Morelia, 244 pp., inédita.
- PERCHERON, F. (1988): «Colonización española y despoblación de las comunidades indígenas (La catástrofe demográfica entre los indios de Michoacán en el siglo XVI, según las Relaciones Geográficas de las Indias, 1579-1582)», en Thomas Calvo y Gustavo López (coords.): *Movimientos de población en el occidente de México*. CEMCA, El Colegio de Michoacán, pp. 139-166.
- REYES GARCÍA, C., y Á. OCHOA SERRANO (2004): *Resplandor de la Tierra Caliente michoacana*. El Colegio de Michoacán, Zamora, 223 pp.
- SÁNCHEZ DÍAZ, G. (2008): *Los cultivos tropicales en Michoacán. Época colonial y siglo XIX*. Fundación Produce A. C., UMSNH, Morelia, 356 pp.
- THIÉBAUT, V. (2010): «Evolución del paisaje aguacatero en Michoacán: procesos socio económicos y medio ambientales». *Estudios Sociales Nueva Época*, año IV, número 7, segundo semestre de 2010, Universidad de Guadalajara, pp. 235-254.
- y A. AGUIRRE (2011): «Procesos en los paisajes de la Tierra Caliente de Michoacán: asentamientos humanos y usos de suelo en Buenavista Tomatlán». *Contribuciones desde Coatepec Nueva Época*, año XX, número 20. Toluca, México, enero-junio de 2011, pp. 75-100.
- TOLEDO, A. (2003): *Ríos, costas, mares. Hacia un análisis integrado de las regiones hidrológicas de México*. Instituto Nacional de Ecología, El Colegio de Michoacán, 114 pp.
- VELASCO TORO, J. (1993): *Política y legislación agraria en México. De la desamortización civil a la reforma campesina*. Estudios Jurídicos y Políticos, Universidad Veracruzana, Xalapa, 184 pp.

ARCHIVOS

- Archivo General de la Nación: Tierras, vol. 1440, exp. 5.
- Archivo Histórico del Poder Ejecutivo de Morelia
- Ramo Hijuelas, Distrito de Apatzingán, libro 6, foja 42;
- Ramo Hijuelas, Distrito de Apatzingán, libro 8, fojas 1 a 203;
- Ramo Hijuelas, Distrito de Apatzingán, libro 9, fojas 42 a 64;
- Serie materia agraria, Distrito de Apatzingán, caja 1, expediente 29.
- Registro Público de la Propiedad de Morelia: tomo 5, registro 550, año 1927.
- Museo del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., Jiquilpan de Juárez: Fondo Francisco J. Múgica, caja 1, carpeta 35, doc. 36.